

meros momentos la fiera trata de huir; pero cuando se ha convencido de que es imposible la fuga, ó que dos balas torpemente dirigidas le han encolerizado, entonces toma la resolución de defenderse, y su furor aumenta á la par que el peligro y la rapidez de los ataques.

Los perros son los primeros que valerosamente se lanzan sobre el oso. El combate es terrible, y no termina sin que antes sufran grandes pérdidas las jaurías. El oso tiene en sus manos una gruesa rama, que maneja á guisa de maza y con singular destreza; otras veces desgarrá á sus adversarios más encarnizados, ahogando á uno en estrecho abrazo, haciendo volar á otro por los aires á la altura de algunas toesas.

Pobre del torpe cazador cuando el oso, victorioso de este combate con los perros, lucha con él cuerpo á cuerpo, pues entonces es un enemigo feroz y terrible; pero el cazador diestro, con el puñal bien dirigido, ó una bala alojada á tiempo, puede vencer al animal, ya mal parado por los perros.

Los cazadores finlandeses usan en la caza del oso una lanza característica. Á un pie de distancia de la punta se halla una barra de hierro en forma de cruz con el objeto de que el arma no penetre demasiado á través del cuerpo del animal, y que éste, atravesado de parte á parte, no se lance sobre el cazador.

Cuando el discípulo de San Huberto conoce el sitio donde el oso ha establecido su cuartel de invierno, va á acostarse junto con su perro á la entrada de la guarida de la fiera. Ladra el perro y el hombre grita, y los dos hacen grande estrépito á fin de irritar al solitario y obligarle á salir de su antro.

Durante mucho tiempo el oso vacila; pero, fatigado al fin por estas provocaciones, se decide, y, furioso, se precipita fuera.

Al ver al cazador, el oso se levanta sobre sus patas traseras y se lanza sobre aquél. Pero el finlandés, disimulando el mango de la lanza para que su longitud no dispierte el recelo del animal, se dirige derecho hacia el oso; y, cuando la distancia es tan pequeña que ya el monstruo, extendiendo los brazos, va á coger al hombre, éste lanza el arma, que, dirigida con pulso firme, atraviesa el corazón de la fiera.

Pero si no fuera la barra de hierro colocada en cruz, el animal llegaría hasta el hombre, que aun herido de muerte podría destrozar á su adversario. Pero aquella barra detiene el empuje de la fiera, y lo que es más extraordinario es que el oso en lugar de arrancar la lanza empuña los brazos con sus patas, hundiéndola más en su herida.

La victoria del cazador es celebrada con grandes cantos.

En la Iliria la caza del oso es sumamente sencilla, y se realiza al acecho en el bosque, ó bien se le hace salir de su guarida con auxilio de los perros, ó bien se le mata en su escondrijo de invierno.

Los ilirios usan pequeños pero forzudos perros, y desdennan los grandes usados en el norte. Suele ser en aquella región la mejor época para cazar el oso la del celo, en que su carne y piel tiene más valor. En aquella ocasión, el oso rojo es menos feroz, menos salvaje, y camina más pesadamente haciendo la caza menos peligrosa.

El acecho usado en la Iliria suele realizarlo el cazador sólo armado de una buena carabina de dos tiros: uno de cañón rayado y otro liso, lo que permite cargar con más facilidad.

Los proyectiles son balas de veinte á veintidós en libra, y el cuchillo de caza ha de ser de hoja sólida, de doble corte, de buen acero de Styria; de tal suerte, que pueda romper fácilmente un hueso sin que se rompa.

Armado así el cazador, lleno de aliento y bravura, se dirige al lugar del acecho, por la mañana antes del amanecer, y por la tarde con el crepúsculo. El oso, mientras no ha sido inquietado, sigue invariablemente el mismo camino para llegar á los campos de yerba ó avena donde paca. Avanza, sin embargo, con prudencia, y siempre contrario al viento; y si nota algún indicio sospechoso se yergue, olfatea, escucha, y emprende la fuga al gran trote aunque no haya visto á su enemigo, y es bien seguro que durante algunos días no pasará por aquellos sitios.

El cazador que se halla apostado cerca de un campo de avena no debe disparar aunque el oso esté á tiro, sino que ha de esperar el momento en que, levantándose sobre sus patas traseras, arranca la avena, y entonces puede cómodamente alojar una bala en su corazón. Si se encuentra un animal destrozado por el oso, cubierto de musgo y de hojas, es indudable que al anochecer llegará el oso, y, por consiguiente, el cazador puede escoger en los alrededores un buen sitio de acecho.

Bien que el cazador tenga entre sus manos un fusil de dos tiros, puede suceder que éstos fallen y se vea forzado á aceptar con el oso una lucha cuerpo á cuerpo. Muchas veces, si el tiro falla, el oso emprende la fuga; pero casi siempre, si es ligeramente herido, se levanta y camina sobre sus patas traseras, y se dirige en derecha hacia su adversario. El cazador que posee sangre fría no corre aún peligro si tiene en reserva el segundo



El cazador cortó la carótida al oso

tiro, y con el fusil apoyado en su espalda deja aproximar el oso hasta diez ó doce pasos, dirigiendo la puntería á la cabeza ó al pecho.

Al oír la detonación, el oso agita la cabeza, pero sin cambiar de sitio; y, si no ha sido mortalmente herido ó muerto, el cazador debe prepararse á un combate de

vida ó muerte, pues es inútil que intente escapar, ó bien trepar sobre un árbol.

El cazador puede aún esgrimir el cuchillo contra el oso, que se defiende con sus patas, lanzando terribles gruñidos; y si un golpe certeramente dirigido no acaba con la fiera ésta destroza con sus garras al cazador.



Suele á veces suceder que el oso rompa la hoja del cuchillo de caza, por lo que la prudencia aconseja llevar un segundo cuchillo, ó bien coger, en tan desesperado trance, el fusil por el cañón para asestar vigorosos golpes de culata sobre la frente de la fiera; pues la experiencia ha enseñado á los cazadores que un golpe entre los dos ojos mata al oso instantáneamente. Dirigido un poco más abajo, puede lograrse, á lo sumo, aturdir á la fiera.

La habilidad, el valor y la fuerza, y más que todo una gran sangre fría, son la égida del cazador; y el que no las posea comete una verdadera imprudencia en tomar parte en semejantes cacerías.

Algunos viejos cazadores afirman que es un error suponer que puede matarse instantáneamente á un oso merced á una puñalada dirigida contra su pecho, y aconsejan que es más prudente cortar las patas del animal, ó cuando menos herirlas para que sea más débil su defensa, y entonces dirigir rápidamente un golpe á un lado y sobre la espalda. Debe retirarse el puñal inmediatamente, porque el oso, sobre todo en la época del celo, tiene el pellejo y la vida muy dura, y casi siempre es necesario asestarle varias puñaladas para dejarle sin vida.

Los condados de Aroa, Tremeim y Thurong (Hungria) se hallan limitados al norte por numerosas montañas de 1,000 y 1,500 metros de altura. Un valle estrecho y encajonado entre inmensas rocas calcáreas conduce desde el villorrio de Tzercheva hasta Watra, formando un gran barranco cerrado por todos lados por montañas pobladas de bosques.

En estas selvas llenas de poesía, solitarios retiros alejados de los rumores del mundo, escenario digno aún de los siglos medios, es aún hoy retiro favorito de los osos, que suelen establecer allí el cuartel de invierno.

Era el mes de diciembre de 1878. La nieve cubría con sus blancos copos el suelo, y los abetos y otras coníferas mostraban heladas guedejas.

Dos cazadores, guardas rurales, seguían las huellas de un oso. Vanas habían sido hasta entonces las pesquisas de los discípulos de San Huberto, cuando de repente oyeron un fuerte gruñido y vieron salir un oso del tronco de un gigantesco *erabe*, que escapó velozmente, y desapareció entre los árboles y las rocas ante los atónitos cazadores.

Como en lugar de un oso dormido ó aletargado habían hallado uno despierto y de ligeras piernas, y como por otro lado sus carabinas estaban cargadas sólo con balines, juzgaron más prudente desistir de perseguir á

la fiera por entre el intrincado bosque; y como empezaba ya á anochecer regresaron á Thurong.

Nuestros hombres narraron el suceso al guarda general, y éste envió al día siguiente un guarda y un forzudo labriego al encuentro del oso. No tardaron en hallar la pista del animal; y después de varias idas y venidas acabaron por atravesar una pradera y un pequeño bosque, y llegaron á la entrada de una profunda caverna, donde se perdían las huellas del oso.

Sin más tardanza, y á despecho de las terminantes instrucciones recibidas, el guarda se apostó encima de la entrada de la gruta, y ordenó al campesino, que no tenía más arma que una hacha ligera, que penetrase en la caverna para echar fuera el oso. Apenas se mostró el campesino, salió el oso, y recibió el disparo del guarda.

Bien que semejante descarga debía parecer poco agradable al oso, entre cuya piel y carne se hallaron después los balines, la fiera se contentó con lanzar tremendos aullidos y erguirse, y después desapareció velozmente entre los abetos.

Pasó algún tiempo antes que los dos cazadores se repusieran de la profunda emoción que les había causado la presencia del oso, y dieron por terminada por aquel día la caza, y regresaron silenciosamente al villorrio, bien que juzgándose el campesino hartito dichoso de haber escapado tan barato de semejante aventura.

Dado el parte al superior, éste ordenó al día siguiente que se buscaran las huellas del oso; y varios guardas, que salieron en todas direcciones al anochecer, manifestaron que habían hallado las huellas de la fiera, que había penetrado en un bosque de tan grande extensión que era imposible cercarla con el pequeño número de cazadores disponibles. Según su opinión, lo mejor era hacerle salir de aquella parte del bosque y arrojarle hacia un bosque más reducido.

Logróse semejante propósito, y pronto se adquirió la convicción de que el oso se había refugiado en una caverna.

Organizóse una batida de cazadores, compuesta del guarda general, de un guarda, dos ayudantes, un abogado y un labriego.

Tras muchas horas de fatigosa marcha, llegaron ante la caverna, y guardando todos el mayor silencio, se colocaron cada uno en el sitio que señaló el jefe de la batida.

Al oír los rumores producidos por los cazadores, el oso salió de su antro. El primer tiro tocaba, de derecho, ser disparado por el guarda general; hizo éste fuego, y el oso, tocado en el pecho, cayó al suelo. Pero

breve instante después levantóse sobre sus patas traseras, avanzando algunos pasos; pero su marcha era vacilante.

El abogado quiso hacer su papel en la cacería, y dis-

paró los dos tiros de su fusil; pero, habiendo errado, el guarda general acabó con la fiera, merced á un segundo tiro.

Todos rodearon el oso muerto, admirando su forma-



Una jauría acosando al oso

leza y vigor, y todos se felicitaban por la muerte de tan excelente pieza, cuando los estupefactos cazadores vieron salir de la caverna un segundo oso.

Fácil es comprender el pasmo y pavor que semejante aparición produjo en el ánimo de los descuidados cazadores.

El campesino, que era el que se hallaba más cerca del animal, tenía un fusil y un revólver. Por desdicha el primero se hallaba descargado, y el revólver metido en un estuche. Sin embargo, sin perder su sangre fría,

descargó tal golpe con la culata del fusil sobre el hocico del oso, que quedó roto y maltrecho. Abrió la alimaña su gola para cogerlo, y el campesino metió la bayoneta, que la fiera torció como un alambre. Pero el oso había cogido la mano del labriego, y la atravesó de parte á parte con sus incisivos, é, irguiéndose sobre sus patas, cogió con sus nervudos brazos á su enemigo y lo levantó en alto. Uno de los ayudantes de guarda, armado con un hacha, dió con ella un vigoroso golpe en la nuca del oso, que contestó dando una manotada